



LA VIDA MADRILEÑA



EN LA CIBELES

DE MI TIERRA

ALLARIZ.—MEZQUITA

Al regresar de Junquera hicimos estación en el vetusto pueblo de Allariz, que se precia de haber sido, como Tuy, corte del penúltimo rey goda Witiza.

Algo bueno sacaríamos por lograr que, á poder de extraño conjuro, las negras piedras y las tortuosas calles de Allariz nos explicasen

la dominación y hechos del misterioso personaje del cual puede afirmarse que todo se ignora. Al aparecer en escena Witiza asociado al solio de Egica su padre, y batiendo moneda comprobante de esta realza doble, diríase que se espesan las tinieblas de la Historia; enmudecen los Congresos de entonces, ó sea los Concilios nacionales; sus actas son quemadas por alevosa mano, y sólo á la vuelta de un siglo, cuando ya España lloraba la afrenta de verse sometida al agareno, la crónica empieza á iluminar con siniestra luz la

figura de los dos últimos monarcas, Witiza y Rodrigo y descarga sobre su cabeza maldita el supremo anatema. La patria clava juntas en la picota de sus odios á la estirpe de Wamba—representada por Witiza, que disuelve moralmente el imperio goda, y por los hijos de Witiza que abren las puertas de España á Muza y sus guerreros,—y á la estirpe de Chindasvinto,—representada por el injusto forador Rodrigo, cuyos lascivos antojos provocan la catástrofe.—A Rodrigo, sin embargo, le acompaña en sus tropelías y desventuras cier-

to prestigio de leyenda; es el Tenorio goda, predilecto de las musas, inspirador de elegiacos romances y románticos dramas; en cambio á Witiza suelen pintármole como á un réprobo, enemigo de Dios y de los hombres, indigno de compasión, manchado con torpísimas fealdades, y lo que es peor, propagandista activo del vicio y de la incontinencia, que autorizó por decreto, según cuenta Mariana en el siguiente expresivo párrafo: «Tuvo (Witiza) gran número de concubinas con el tratamiento y estado como si fueran reinas y sus

mujeres legítimas. Para dar algún color y excusa á este desorden hizo otra mayor maldad: ordenó una ley en que concedió á todos que hiciesen lo mismo, y en particular dió licencia á las personas eclesiásticas y consagradas á Dios para que se casasen; ley abominable y fea, pero que á muchos y á los más disgustó.» Al leer el pasaje de Mariana se ve cuán de atrás viene la predicación del amor libre, sin razón imputada á nuestro siglo. Así y todo, no habiendo parecido en archivo alguno el texto de tan desautorada ley, creen muchos

El vieo pastor que ha pasado más de medio siglo subiendo y bajando la cabaña al puerto, y que cuenta con frase pintoresca sus impresiones invernales, obligándole el recuerdo a soplarse las uñas y tirar de frío cuando refle...

termómetro en la ventana y él me dirá la verdad, y no vosotros, que no sabéis cuando hace frío ni cuando deja de hacerlo.

El termómetro... Ya los hay hasta en las aldeas: en casa del indiano; en la del tendero de ultramarinos, que se retiró con el riñón bien cubierto; en la del hidalguito que fué a Madrid á las fiestas del centenario y trajo de allá uno hermoso que, según él, no tiene más defecto que estar en francés; y, en algunas, hasta en la del médico. Muchos lo tienen en el mejor estero de la mejor habitación, en la que menos entran, en la sala, colgado debajo del reloj de pared, entre un cuadro de la Divina Pastora y una estampa de Nuestra Señora de Montescalaros. Allí les sirve de adorno, no de consulta; pero, de vez en cuando, si se suscita cuestión sobre si hace más ó menos frío, allá van á escape á mirar el tubo capilar, y vuelven muy satisfechos con la auténtica, diciendo: «Por un lado hace dos y una rayuca, y por el otro más de tres y un poco.»

Pero no se movía de su forrada butaca frente á la bien alumbrada chimenea. Escenas como esta se repiten la mayor parte de los días de invierno, pues en el verano no le azuza la afición termométrica; siendo el caso que, en todo lo demás, el amo es un bonachón y reconocía las cualidades del criado, que es todo un buen sirviente. También éste reconocía las del amo, y aunque le costó trabajo amoldarse á que el termómetro supiera mejor que él mismo cuando sentía mucho frío y cuando no sentía tanto, pasando días y cayendo ollas, llegó á hacerse á las armas, supeditando sus sensaciones á lo que señalase el instrumento ó el chisme, como todavía le llama, de suerte que ha aprendido á consultarle, y ahora las escenas violentas de otros tiempos se han convertido en el siguiente juego.

El termómetro es utilísimo á la ciencia; no hay para qué decirlo; es útil en muchas ocasiones de la vida sabiendo consultarle y sacar provecho de la consulta; no hay nadie que lo niegue. Y hasta se puede conceder que valga para satisfacer la curiosidad del que no tiene mucho más en qué emplearla. Pero de eso á quererle hacer árbitro del frío que debe sentir cada individuo...

En cuanto llega la estación de sacar al aire el termómetro, el criado tiene buen cuidado de no salir á la calle sin observarle. Al volver á casa, le pregunta el amo: «¿Qué tal día hace?» «Mucho frío, señor—contesta invariablemente el sirviente.

D. Pelegrín es un señor de vida holgada y reglona á su modo, que habita una casa convenientemente dispuesta para librarse del frío, con estufas en las habitaciones que más frecuenta, caloríferos en todas, alfombras, mamparas, pesados y tupidos cortinones en las puertas, en fin, alojado á lo príncipe cuanto á esto, porque vive en población de altura y sabe, por experiencia, con qué inviernos se las tiene que haber.

«Más hizo ayer. —Si, señor; ayer sentí yo cinco décimas más de frío. —A ver; trae el termómetro. —Se hace la consulta, y exacto. —Ves, hombre, lo que se aprende con el termómetro,—concluye el amo.—Ahora ya estás tan ilustrado en esta materia como cualquiera de los que tenemos termómetro.

Apenas el sol se nubla y sopla el cierzo, ya no asoma D. Pelegrín á la puerta de la calle, gozando en el interior de su morada de una temperatura rifeña cuando el aire que circula por las calles de su pueblo está poco más templado que el que hiela las estepas rusas. Pues el tal tiene siempre, desde Noviembre hasta Mayo, colocado en el alféizar saliente de una ventana abierta al Norte, un termómetro de mínima que, todos los días, á la misma hora, hace que le entre el criado, para consultarle.

Sin embargo, como sus sensaciones no se han puesto todavía de acuerdo con el instrumento, protesta en la cocina de aquellos engaños, y cuando él llega aterido de la calle y le queda lugar para arrimarse á la lumbre, extiende las manos sobre la llama y las frota con avidez, diciendo tembloroso: «Hoy hace mucho frío, digan lo que quieran el chisme y el amo.

«Buenos fríos estamos pasando, ¿eh? —¡Ah! usted ya se sabe librar de ellos en estas habitaciones tan caldeadas—le contesta el visitante.

Esta noche, por ejemplo, que hasta en mi habitación, caldeada con fuego constante desde las nueve de la mañana antecedente, penetra la helada y se siente frío, váyale usted con que el termómetro no está tan bajo como ayer á estas horas al sereno que, pisando nieve endurecida por la helada y bañado en aire que corta de puro frío, pasa ahora por mi calle y debajo de mi balcón canta «las tres!» del primer día de Diciembre...

D. DUQUE Y MERINO.

Chispas.

Viviendo González Bravo, aquí, como en toda Europa, una patrulla de tropa eran cuatro hombres y un cabo. Hoy que á la vida normal caminamos sin sentir, patrulla quiere decir cuatro hombres y un general.

Porque gasta un escudo y una corona, se juzga personaje Zaragatona; ¡ya se contentaría con ser persona!

Dices que cuando me muera me llorarás... es muy justo; ¡quién con el secreto diara de evitarte ese disgusto!

Se siente ya por calles y por plazas olor á mazapán; ayer he visto un pavo que vestía bufanda, copa y frac; pero el premio mayor de Noche Buena ¿dónde diablos caerá?

Murióse su mujer al capitán Lucas Manso, y la desgracia al saber, exclamó: ¡cómo ha de ser! ya está en su lugar descanso.

MANUEL DEL PALACIO.

LA HUERTA

Furioso lector de El Motín, tenía empapeladas las paredes de la casa con caricaturas del periódico anticlerical; y la casa, para ser de pueblo, no era mala: de planta baja, como vivienda de aldea, pero con hermosa huerta, y en la huerta naranjos y limoneros que por primavera oían á gloria.

El Sr. Lucas era una antigualla... modernizada, un castellano al revés, porque había puesto las virtudes de su carácter al servicio de todo lo que iba contra Dios y el rey. El Motín era, á su juicio, la última palabra del credo revolucionario; no creía en otra cosa, y las caricaturas del periódico venían á ser los santos de la devoción de su casa.

Doña Valentina, su esposa, no creía mayormente en El Motín, pero se sentía hipnotizada por aquel Lucas, á quien no estorbaba lo negro, y que discurría con cierta prosopopeya sobre los artículos y sultos, embozado en una capa parda que era su compañera inseparable, más aún que la misma Valentina.

Cierto que el Sr. Lucas no era un genio ni mucho menos, puesto que decía cuando se acartarraba que tenía constipación de sienes, y llamaba al mar sólido por solitario; pero como todo es relativo, era en la aldea una autoridad política y literaria, singularmente para Valentina, la cual se sentía orgullosa de su Lucas, y lo demostraba reservándole respetuosamente la mejor parte del cuero de cerdo, alimento de los cónyuges los más de los días.

¡Aquellas atrocidades de los cleripóptas!

mos... ¡Aquellos palos á los republicanos que no querían mirse «para echar abajo lo existente!» El Sr. Lucas se entusiasmaba con todo eso; y mucho más le entusiasmaba la caricatura del hombre del pueblo con pañuelo aragonés y alpargata catalana, el cual hombre, que parecía por lo elevado un gigante, al lado de Salmerón, Pi y Zorrilla, amonestábalos severamente, enseñándoles el derrotero del porvenir con el dedo índice, muy gorbo por cierto, de la diestra mano... El Sr. Lucas replicaba la caricatura; campaba allí por sus respetos, y no se hubiera hallado quien se atreviese á contradecirle.

Pero la gloria es efímera, y la del Sr. Lucas vino á menos con la aparición en el lugar de un revolucionario que, como el judío errante, no se sabía ni se supo nunca de dónde vino; tranquilo al parecer, muy metido en sí, sobrio de palabras y... sin capa parda.

¡Qué desencanto! Aquel energúmeno, como le llamaba el cura, decía del Sr. Lucas que estaba atrasado un siglo... ¿La república? ¡que tontería! Llegarían al poder los mismos ministros con diferentes collares, y el pueblo, el hambriento, el desheredado eterno, continuaría gimiendo y llorando como si tal república existiera, royéndose los codos, esclavizado por el trabajo, deshonrado por sus amos... Aquello, predicar por la república, era una antigualla... como el señor Lucas. Los tiempos eran otros. Bueno que los burgueses hicieran la revolución contra los nobles y abatieran el principio autoritario; pero eso ya pasó; ahora el pueblo, el verdadero pueblo, tenía que acabar con los burgueses y con el principio individualista que representaban. Hacía falta volverlo todo de arriba abajo, no dejar piedra sobre piedra, tener por símbolo de la política la horrible creación de un pintor alemán—campo desolado; sobre el campo una pirámide de calaveras, y encima de la más alta un cuervo... eso es, la anarquía; —hacía falta, si, echar á rodar lo existente, pero empezando por la república, por esa república que era el Dorado del buen señor Lucas. Después... se vería. ¿Cuándo ocurrirá eso? Yo no lo sé—seguita diciendo el energúmeno—no lo veremos nosotros, pero lo verá algún día, en un siglo justo, aunque horrible, de enormes expropiaciones, donde el Terror Rojo de los hombres que llevarán á cabo la revolución política, será eclipsado por el Terror Negro de los hombres que llevarán en las manos sangre de tiranos y pringue de la tierra ingrata que labraron uno y otro día. No se llevará en carros á las víctimas, cogiéndolas al azar, como se las cogió antaño en la plaza de la Concordia; se las buscará á domicilio, en lo mejor del sueño, y la degollina no será una Saint-Barthélemy, sino una matanza de bestias...

Y al Sr. Lucas se le saltaban las lágrimas; á duras penas probaba ya el cuero de cerdo, y envuelto en la capa parda miraba tristemente, por encima de los embozos, las caricaturas que tenían de adorno las paredes de su casa solariega; el mismo paletó que representaba al pueblo le parecía tanto de capirote á pesar del dedo índice estraido, puesto que no empuñaba, pudiendo hacerlo, el trabuco ó la hoz, y él, Lucas, era también un mentecato, un Lucas... Gómez, y además, según el energúmeno, un ladrón, un explotador del pueblo, un... burgués.

Aquel invierno fué un horror de crueldades. La anarquía tuvo un aliado: el hambre, sobre el campo yermo, alumbrado mortecinamente por la luz de las hogueras, aparecían en confuso montón hombres y mujeres alternando con caballerías y acasados por almanas que salían del bosque al olor de la carne humana. Tolstoi escribió desde Omburgo que encontrarían á centenares, en las calles de la villa, cadáveres de hombres y caballos. Las personas disputaban á las bestias los bocados de yerba; los campesinos huían del frío de sus hogares; turbas de chiquillos, que eran guñapos, pedían qué comer á colonos que les maltrataban; en miserios jergones, á la intemperie, mujeres recibían paridas y, tiritando sobre los despojos del parto, niños que venían á la vida en sacos de miserias... Se ayunaba tres y cuatro días, porque no había más remedio que ayunar; y en algunos pueblos, los vecinos se preparaban, confesando y comulgando, á morir de hambre...

¡Oh! ¡Ni pan ni yerba! ¡Los caballos—exclamaba el energúmeno—concluirán por ser anarquistas! ¡Las herdas de Gervinal gritan: ¡Pan! ¡Pan! ¡Pan! Tolstoi tendrá que idear una vertiginosa carrera de caballos, un tren de sangre parecido al de la Bete humaine, desatentado y loco, que lo arrolle todo al relincho de: ¡Piensol! ¡Piensol! ¡Piensol! Puesto que había que morir de hambre y de frío, valía más morir matando al pie de la bandera del hambre; y la intención disparatada y loca, estalló bajo las órdenes del energúmeno que, poco después, fué al patibulo sin decir palabra, negándose á recibir los auxilios espirituales, firme y convencido, severo y triste, como un Saint-Just á la rústica revolucionaria, santificado por el sacerdote, quién, con extrañeza de todo el vecindario, levantó las manos sobre el reo moribundo y le dijo con sublime acento de caridad cristiana: «En nombre de Dios, yo te bendigo!»

Fué un acontecimiento que sacudió las entrañas del pueblo, y de uno á otro confin de la comarca corrió por mucho tiempo, envolviendo á los aldeanos una ráfaga de muerte. El señor Lucas, confundido modestamente con la turba, lo vió todo: la subida al tablado, la mano del verdugo, la sotana del cura, la última mueca del pobre energúmeno al echar fuera la ennegrecida lengua... Y de allí á poco murió él mismo, sin que se supiera de qué, ni cómo.

—Salió á dar un paseo con la capa, decía doña Valentina, y sin probar bocado de cerdo se echó á morir.

Lo cierto es que el señor Lucas, que era hombre de bien, le entró pasión de ánimo, y que murió de envidia y de remordimiento, recordando el calvario de su contrincante y deseando que también á él le apretaran el pescuezo para purgar el crimen de tener una casa con hermosa huerta de naranjos y limoneros.

LUIS BONAFoux.

La mañana de hoy se presentó fría y nebulosa: los soldados, aburridos después de tres días sin moros, encontrábase algo macilentos; dispusose, pues, que la música de cada Cuerpo sacase á relucir los aires nacionales más conocidos de su gente; y así, en los batallones compuestos de andaluces se tocó el fandango, en los regimientos donde abundaban los aragoneses resonaron bulliciosas jotas, en los que tenían muchos gallegos se escuchó la muñeira, y así en los demás, hasta producir una discordante sinfonía que ensordeció los ámbitos del valle...

Los soldados cayeron en el lazo: cada uno empezó á entonar su canto favorito; envióse al diablo el mal humor, y el campamento adquirió de nuevo su animación acostumbrada.

Para que la alegría fuese completa, supose, á cosa de las diez, que el enemigo daba señales de vida. Algunos cañonazos empezaron á resonar hacia los reducidos Francisco de Asís é Isabel II, y poco después se empuñó un vivo fuego de fusilería.

Los moros, en número de siete ú ocho mil, habían amagado nuestra derecha y nuestra izquierda, para formalizar el ataque por el centro... Pero el general Gasset y el brigadier Lassaunay se rechazaron por la derecha con fuerzas del primer Cuerpo, especialmente con los cazadores de Barbastro, que dieron una brillante carga á la bayoneta, apoyados por los batallones de las Navas, de Chiclana y de Borbón... Al mismo tiempo, nuestro Cuerpo de ejército los castigaba y hacía huir por la izquierda, distinguiéndose en esta operación el general D. Genaro Quesada y el brigadier Otero, con los batallones segundo del Infante y primero de San Fernando... Y, en cuanto al ataque del centro, fué rechazado por la artillería, por los cazadores de Mérida, que estuvieron heroicos; por los carabineros de infantería de la escolta de O'Donnell y, últimamente, por una furiosa carga á la bayoneta de los cazadores de Simancas.

Alejáróse, pues, los marroquíes, como siempre, castigados, pero no arrepentidos, sin haber logrado adelantarnos una línea de terreno ni hacernos retroceder un solo paso.—¡Y, sin embargo, volverán!

Yo tengo para mí que esos hombres, al venir á hostilizarlos, no traen la esperanza de vencerlos. Ellos deben de saber que son impotentes contra nosotros, y que ni recobrarán por la fuerza el territorio que les arrebatamos, ni estorbarán nuestra marcha, ni quebrantarán nuestra decisión. Nueve combates sucesivos, en que siempre han sido deshechos ó rechazados, bastaban ya para convencerlos de esta

verdad.—¡Y, con todo, han venido hoy!...—Esto me prueba que esa raza fanática combate por placer ó por devoción; no con ilusiones patrióticas ni con plan de campaña, sino porque lo cree su necesidad, su obligación ó su destino. Diríase que su Fe les trae á nuestro campo á quemar pólvora en honor de su Dios, como nosotros quemamos incienso en los altares...

Así se explica que váyan pasando ante nuestros ojos tribus y tribus, hambrientas y medio desnudas, independientes de toda autoridad, libres de toda coacción, y que unas tras otras se acerquen á nuestra línea, sin reparar en la naturaleza de nuestras posiciones ni el alcance de nuestras piezas, y dispáren en su espingarda, y mueran enseguida sobre el mismo terreno que el día anterior regaron otros con su sangre.

Y, si tampoco es esto, ¡digo que esas gentes son más aficionadas á matar que las fieras de sus montañas!

«Nada de esto se ha realizado todavía... ¡Och mil, tres mil caballos: he aquí lo más que hemos visto hasta ahora, siempre mezclados con numerosas huestes de infantería y batiéndose á tiros como ella...»

«Pero se dice que esto ha consistido en lo quebrado de las sierras, y que las grandes masas de caballería, la guardia negra, los belicosos ginetes del Rif, los nobles caballeros de Fez y de Mequinez nos aguardan reunidos en el anchuroso llano de Tetuán, en número de treinta y cinco mil...»

«¡Treinta y cinco mil caballos! ¡Verdaderamente serán dignos de verse, sobre todo teniendo en cuenta los elegantes albornoces y gallardo cabalgador de los marroquíes!...—Pero ¡diablol! ¡quién lo resiste, aunque solo sean veinte mil! —El cuadro! (responden tranquilamente los veteranos). ¡El cuadro de infantería!

Y todo es hablar de Isly, de las Pirámides, de Alma, de Balaklava y de otras batallas famosas...»

«¡El cuadro!—Pero éste es otro problema.—Yo os hablo con mi franqueza acostumbrada... ¿Mantendrán el cuadro nuestras tropas, nuestros quintos de veinte á veintitrés años? —Un solo soldado que flaquee; uno solo que deje brecha en la muralla de acero; una leve vacilación; un instante de perplejidad y bullicio acaba con el cuadro y con cuantos se encuentran en él...»

Esto dicen también los veteranos.

«El cuadro (continúan) es una apretada masa de hombres, que presenta cuatro caras de bayonetas, cuatro líneas de fuego. Una pieza de artillería ocupa cada ángulo. La música, la sanidad y los jefes se encierran dentro. Al aproximarse la caballería contraria, se la espera á pie quieto. Si envuelve, si rodea completamente el cuadro, tanto peor para ella, con tal que nadie se mueva de su sitio. Si los enemigos se acercan por todos lados como destados huracanes, se les deja llegar. Una vez vistos á tiro, la primera fila de cada frente se arroja, después de hacer fuego, y aguarda el choque con la bayoneta calada. La segunda fila dispara entre tanto y, mientras ésta carga, hace fuego la tercera por entre las cabezas de la segunda.—Toda la caballería del mundo no es bastante á asaltar esta formidable fortaleza. —Poco importa su número. Los primeros jinetes y caballos que ruedan por el suelo sirven de estorbo á los que vienen detrás, y á la segunda ó tercera arremetida, ya se ha formado un parapeto de cadáveres alrededor del cuadro. Rara es la vez en que éste llega á usar de la bayoneta; pero, aun en ese caso, si la infantería se mantiene firme, la misma violencia de los acometedores hace más segura su muerte, pues se clavan en el muro de acero de la primera fila, mientras que las otras los asan á boca de jarro. Ahora, ¡si flaquea una fila, si se entrea bre, si no se llena instantáneamente el hueco que deja cada infante herido, si penetra un solo caballo enemigo dentro del cuadro, la turbación, el desorden y el tumulto sobrevienen en seguida; trábase un combate informe y desigual; mézclanse los combatientes de uno y otro bando, y la derrota de la infantería es inevitable, total, atroz!»

Ya veis si hay razón para estar impacientes y hasta preocupados.—¡Resistan nuestras tropas á esa última prueba, y la campaña de África es cuestión decidida y fallada en nuestro favor!

Hasta aquí los soldados han dado grandes muestras de arrojo y de impetuosidad... ¡Si su valor pasivo, ó, por mejor decir, su confianza en la ciencia de sus jefes, raya á igual altura, podremos ir con ellos hasta el fin del mundo, abriéndonos paso por entre mares de hombres!

Vuelven los moros

20 de Diciembre 89.

«Pues bien: figuráte el momento supremo en que iba á partir el convoy en busca de viveres. —Aquella expedición, ¡mejoraría nuestra suerte, ó la empeararía? ¿Saldrían los moros al encuentro de la columna volante? ¿Nos quedaríamos sin acémilas? ¿Permitiría el temporal ir y volver por esos montes á nuestros valerosos compañeros? —Todas las mulas servibles estaban ya preparadas; los soldados, formados; los brigaderos, decididos á morir defendiendo las provisiones; el general Prim, disponiendo el orden de marcha.—El resto del ejército rodeaba á los expedicionarios, despidiéndolos, enviándolos, agradeciéndoles de antemano su sacrificio...—La mar seguía revuelta y sola, ligeramente esclarecida por las primeras luces de la mañana...—No lueve.

«En esto, una voz grita: —¡Vapor! ¡Vapor! —¡Hacia qué lado? —¡Dobla la punta de Ceuta! —¡Todo el mundo mira... —En efecto: se percibe allí un punto negro y un poco de humo.

«El día aclara entre tanto... —¡Es un vapor... no hay duda!—Con los anteojos se distingue nuestra bandera...—¡Nos hemos salvado! —Entonces, y sólo entonces, echamos de ver que no corre viento alguno; que las nubes se entrecubren, y que en las regiones altas de la atmósfera sopla el Sur en lugar del Levante... —¡La misma mar ha cedido un poco! —¡Alto la expedición! ¡Viva la marina española!—exclama el general Prim.

«Pero ¡ay! á lo mejor, el barco desaparece... —¡Nadie lo ve ya por ningún lado! —¡No puede! ¡Se ha vuelto!—exclaman veinte mil voces.

«¡Oh!... qué momento aquel de desesperación y de agonía! —Así pasa media hora.

«¡Nada!... Se ha vuelto... Es cosa hecha... —No hay otro remedio que despachar la brigada... —Y la brigada parte para Ceuta... —Pero algunos minutos después se oye decir: —El vapor no se ha vuelto... El vapor avanza... —¿Por dónde?—pregunta el conde de Reus.

«Viene pegado á la costa...—responden los soldados, que siempre ven más sin anteojos que los generales con ellos.

«Era verdad.—Una ilusión óptica había impedido verlo mientras se destacaba sobre el promontorio del Hacho; pero el auzd y generoso buque se dibujaba ya sobre las olas, airoso, altivo, solitario, adelantando siempre hacia estas playas y rodeado de ancha orla de espumas.

«¡Hurra tres veces al denodado barco!—Era el Duero, cuyo nombre vivirá siempre en nuestra memoria... ¡Y qué titánica lucha sostenió con la marejada! —Entre tanto, empezaron á aparecer por detrás de Ceuta otros muchos buques, y algunas horas después fondeabais ya todos enfrente de nosotros con esos almacenes flotantes en cuyos costados se leen los consoladores nombres de: harina, arroz, hospital de heridos, heno, cebada, hospital de enfermos, tabaco y tocino.

PEDRO A. DE ALARCON.

REVISTA LITERARIA

RESUMEN.—Excusas.—España fuera de España. Sensaciones de arte. (segunda edición), por Enrique Gómez Carrillo.

La nueva generación francesa, en literatura y filosofía, hace alarde de rescatar el pecado de soberbia y de ignorancia de sus padres, que tan poca atención prestaban, por lo general, a la vida artística de los demás pueblos. Y en esta asimilación de extrañas artes, no solo trabajan franceses, sino que estos llaman a sí, con verdadera simpatía, a jóvenes de otras nacionalidades, como rusos, escandinavos, griegos, españoles, belgas, suizos, etc.

Todos sabemos el gran contingente que Grecia, Suiza y Bélgica han dado a la juventud literaria reformista de Francia; también sabemos algunos que en las pléyades de los nuevos idealistas de París hay españoles, como, por ejemplo, Guaita, que ha llegado a conquistarse un buen nombre.

El Sr. Gómez Carrillo, casi un niño, pues acaba de cumplir veinte años, es también elemento valioso de la colonia española en esa especie de Cosmópolis literaria que tantas simpatías está ganando desde la gran capital francesa.

En otra revista de EL IMPARCIAL tuve el gusto de hablar del Sr. G. Carrillo considerándole como editor directo de libros españoles en Francia; hoy he de decir algo de un libro suyo, original, original del todo, y publicado en París también por la acreditada casa G. Richard. Es un tomo coquetón, muy elegante, que conviene a leer. Y no le pesará al que lo haga. El Sr. G. Carrillo es un modernista de los que no han dado en la flor de decir las cosas nuevas de modo que no las entendamos los viejos. Escribo el español-parisien con mucha claridad y precisión, con naturalidad muy simpática, y si no siempre es su lenguaje todo lo castizo que conviniere, he notado con placer que hay en este respecto visibles progresos en el último libro de Carrillo, si se compara con trabajos su-

vos anteriores. Es claro que escritores castellanos que apenas oyen hablar español, que hablan y escriben todo el día en francés, son los más expuestos al galicismo; pero no es esto disculpa, y los que en tal situación se encuentran son los que deben procurar con más ahínco ser puros en el lenguaje, no siguiendo las ridículas exageraciones y arbitrariedades de un Baralt, sino la inspiración casi intuitiva que nace de la frecuencia en la lectura y estudio de los modelos. Y basta de gramática.

Empieza el libro titulado Sensaciones de Arte, con un sencillo y agradable prólogo de Salvador Rueda, nuestro muy querido y simpático poeta neocastellano, prólogo que no tiene para mí más defecto que el llamarse prólogo.

El primer capítulo de la obra se consagra a tres artistas japoneses, Hokusai, Outamaro y Yosai. Es un tratado de historia y crítica pictórica muy curioso y que no está escrito en japonés, a pesar de la tentación del asunto. Sigue un estudio dedicado al director de LOS LUNES, mi querido amigo y colega Ortega Munilla, acerca del arte de la crítica.—Aquí examina el Sr. G. Carrillo, con imparcial y penetrante análisis, muchos de los mil conceptos en que hoy se pretende encerrar los límites de la crítica. Yo alabo en el trabajo del joven entusiasta de lo moderno la vigorosa elocuencia con que defiende sus opiniones y la imparcialidad y lucidez con que expone las ajenas, pero no estoy conforme con sus teorías, por lo que tienen de excesivas, de exclusivistas, ni mucho menos con el modelo de crítico que nos propone, que no es otro que Anatolio France, muy discreto, erudito y elegante escritor, que está, a mi juicio, muy lejos de ser un pensador de primera fuerza, y que en vez de genio tiene genialidades.

Que Anatolio France dice «el buen crítico es el que sabe contar las aventuras de su alma en medio de las obras maestras». Pues dice mal, por el tono dogmático que da a su afirmación, que por exclusiva es absurda. Ya sabemos lo que es y lo que vale la crítica subjetiva, la crítica artística, creadora: bien venida sea (en rigor, siempre ha-

estado entre nosotros, dígame Dante, dígame Miguel Ángel, dígame tantos otros); yo mismo, en la humilde esfera en que me muevo, he defendido la legitimidad de esa crítica y la he practicado muchas veces en los ensayos que suelo titular Lecturas. Hay, sí, mil razones para admirar esa crítica subjetiva y poética; dice ella ciertas cosas del fondo de la belleza de la obra artística que ni ésta puede decir, ni menos otra crítica de otro género. Pero con todo eso, es absurdo decir que el mejor crítico es el que sea así. Sin contar, repito, con que de todas maneras, Anatolio France nunca sería el mejor crítico.

Oscar Wilde se titula el capítulo siguiente, y es una semblanza, sobrado apologetica, de un famoso artista de la juventud inglesa, muy famoso en su patria, particularmente después de sus viajes a América y de su estancia en París. Wilde hace alarde de tener el naturalismo a contrapelo, y es uno de esos fascinadores irrespetuosos, hambrientos de novedad que piden a los cambios de postura lo que no puede darles porque no lo tienen, un genio verdaderamente superior y poco preocupado con las contingencias del tiempo.—Wilde, después de publicar estudios muy considerables de fantasía y de crítica, se ha metido en el teatro, y por algún tiempo ha llamado no poco la atención, con obras tan modernas... que hasta se parecían a las de Augier y hasta a las de Sardou. Sea como quiera, Wilde tiene talento, gracia, gusto, cierta originalidad formal por lo menos, y esto explica el entusiasmo de la crítica subjetiva de Carrillo, que hace bien, a su edad (veinte años), en ser apasionado y muy amigo de sus afecciones.

De los demás capítulos del tomo ya no he de citar, porque me falta espacio, más que el titulado El neo-misticismo, dedicado al que suscribe, tal vez porque el autor ha vislumbrado en mí tendencias que, en rigor, no son ni místicas ni nuevas. A mi ver, este capítulo es el más importante de la obra, el de más pensamiento, el que revela mejor lo mucho que alcanza el espíritu de Gómez Carrillo, que mues-

tra aquí una prudencia, un tacto y una sinceridad ideal que son admirables en muchacho de tan pocos años y solicitado, allí en París, por tantas exageraciones y extravagancias sugestivas, por tantos juegos malabares del espíritu. La materia es delicadísima y G. Carrillo, por si acaso, se cura en salud advirtiéndole que lo que dice su poeta Marcello no debe ser considerado sino como una exposición impersonal.

Bien hace el autor castellano en echarse de la parte de fuera, y no por desdén hacia las nuevas tendencias idealistas, sino por lo mismo que se trata de cosa muy sagrada, que no puede entregarse a los vaivenes de las diabluras de los gatos negros, ni puede confundirse con los intereses pasajeros de cánculos literarios. Para comprender que, en general, y aparte de exageraciones y blagues, ese neo-misticismo literario vale algo y promete más, hay que considerarlo, no aislado, no como reacción puramente literaria contra el naturalismo positivista, sino en el conjunto de tendencias actuales de que forma parte, y que tiene otras manifestaciones, tal vez, algunas, más significativas, en sociología, en economía, en historia, en psicología, etc., etc., como lo prueban, solo con citarlos, nombres por el estilo: de Vogüé, Lavisse, James, Bergson, Paulhan, Darmsteter, Secretan, Guyan, Gelhart y, por fortuna, muchos otros.

Entre esos neo-místicos de París hay de todo. Hay, por de pronto, farsantes, y no pocos tantos sinceros. Pero qué duda cabe que hay hombres de mérito, de inteligencia y de corazón? Lo que no se puede aprobar en ellos (en los más lo hay) es la excentricidad, el precisismo espiritual, síntomas de impotencia, de pequeñez de alma. La moral, demasiado complicada con tratados internacionales hechos con el pecado, con el vicio, ya la desacreditado hace muchos siglos el buen sentido de la gran experiencia tradicional, de la revelación inmanente. Podrá tener gracia, por ejemplo, aquello que dice un personaje de una novelita neomística, La Hora: «Los grandes hombres, los

héroes, son los místicos del siglo XIII. A esos debemos parecernos. No tenían mas que un defecto, no eran viciosos; digo que podrá eso tener gracia, pero solo puede estimarse como salida, boutade.

La inocencia, la naïveté del místico de la edad media que se rebela contra la misma iglesia en cuyo culto adora, no puede hoy ser mas que un amaneramiento. Jacopone de Todi, en aquellos siglos, podía decir con sinceridad que no le importaba ir al infierno, pues allí tendría la gloria de su amor a Jesús, que nadie podía arrebatárselo; pero Jacopone vivía en tiempos muy diferentes, y además era un sublime loco.

Tampoco me agrada en el neo-misticismo, algunos de cuyos corifeos hasta se llaman católicos, sus desplantes contra la Iglesia, porque la Iglesia no entiende que ellos trabajan en la viña del Señor. ¿Qué ha de hacer la Iglesia? Es natural que no les considere colaboradores suyos, cuando ellos mismos confiesan que lo que hacen en la viña del Señor es... emborracharse.

No tengo tiempo para insistir en tan interesante materia. Mi idea, en general, es de aprobación para tales tendencias, pero una aprobación cruzada de distingos, reservas y hasta excusas, como decimos los españoles; los españoles que tenemos tantos místicos antiguos y verdaderos a quienes estudiar y admirar en casa. Pero, en fin, mi enhorabuena al Sr. G. Carrillo por su delicado, prudente y noble estudio del neo-misticismo... literario.

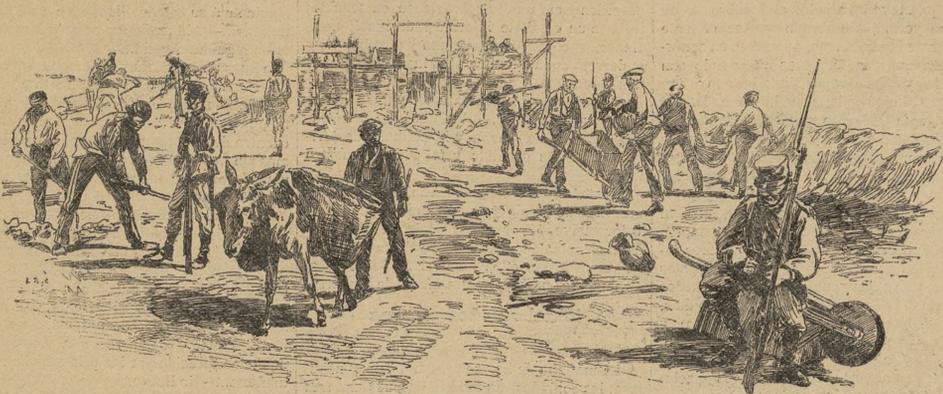
Y termino diciendo que siento mucho que el poco espacio de que dispongo no me permita dedicar más renglones a Sensaciones de arte, libro que es ya algo más que una esperanza; que nos prueba que tenemos, allí en las avanzadas de la cultura europea, un compatriota digno de penetrar en todas las hermosas iniciaciones del espíritu científico y artístico moderno.

Clarín.

APUNTES DE MELILLA



Atrincheramientos en el Gurugú



Primeros trabajos en Sidi-Guariax



Campamento de Muley Araaf

Notas de la guerra

EL PRIMERO Y EL ÚLTIMO

El general en jefe

Hay en Melilla un palacio ó cosa así en que hasta ahora han vivido los comandantes de la plaza. El vive en una tienda de campaña. Un catre de tela tendido entre dos travesaños de madera, otro pedazo de tela que le sirve de techo; hé ahí el alojamiento de Martínez Campos durante las noches de Melilla.

Una corneta suena. El alegre y vibrante eco despierta los campos dormidos. Aun no es de día. La neblina del amanecer palpita sobre las tiendas, sobre las trincheras, sobre los grupos de soldados que descansan cerca de sus fosos.

Allá se ve una silbata poco esbelta. La luz, que apenas hace brillar las armas, refleja en los bordados que hay en las bocamangas de la levita de aquel hombre que avanza.

El campamento se dispone a la vida ó la muerte, a las luchas del día, a los accidentes de una guerra en que el enemigo es ahora invencible y formidable cinco minutos después.

Llegan los furrieles con las ollas de rancho. El hombre de las bocamangas bordadas pide un plato de estofado. Hace que le sirvan la sopa matinal que hueve.

Luego saca de su bolsillo un cigarro. De un mordisco taja la punta, y después de mascar un rato pide una cerilla que le da el sol-

gado más próximo. El cigarro arde y apesta. Ha costado diez céntimos.

Instantes después, este hombre pide un caballo. Monta, y apenas se ha puesto en marcha, le sigue un lucido escuadrón que resplandece al sol que acaba de levantarse sobre las lomas del Gurugú.

Este hombre es un general; este general es Martínez Campos. La austeridad de su carácter apenas si tolera el peso de los entorchados. La modestia de sus costumbres casi es incompatible con los honores que le corresponden por su categoría militar. Dentro de aquel brillante uniforme hay un soldado que ha sido combatido por las pasiones políticas, y que ha triunfado en los campos de batalla.

Para inspirar simpatía, ha tenido que luchar con toda clase de obstáculos. Primero, con la oscuridad de aquellos días en que España era una batalla que empezaba en Hernani y acababa en Málaga. Después, con los odios que inspiró Sagunto. Más tarde, con las rivalidades que despertó entre los hombres políticos y entre los caudillos de las viejas tradiciones militares.

Y a pesar de todo esto, Martínez Campos mereció la entusiasta simpatía popular porque los honores no le habían deslumbrado; porque la elevada posición no le había desvanecido; porque después de haber sido el dueño de una situación, siguió siendo pobre; porque después de ser capitán general, siguió siendo soldado; porque después de ser pacificador de Cuba, siguió fumando cigarros de diez céntimos.

Los españoles le han elegido su general en jefe en Melilla, viéndolo en él un entusias-

mo jamás apagado y el desinterés y la modestia propia de esos hijos del pueblo, que van a pelear porque es preciso, y a vencer, porque lo manda España.

Un penado en las guerrillas

Es probable que nadie se acordase ya de su existencia; enseñó a los que le amaban a que le despreciasen y se le olvidó como se olvida a un muerto.

Acaso había nacido en el seno de honrada familia y le alejó de ella un crimen. Relató la prensa el espantoso suceso; tal vez adquirió un día la triste celebridad del que comparece en un tribunal ante la irritada indignación del público. Después fué condenado a presidio, anduvo por todas las cárceles de España y contribuyó a justificar el presupuesto que sostiene a jueces, esbirros, alcaldes y ejecutores de la justicia. Al fin se le condujo a Melilla, donde vestido con el uniforme propio del penal, empezó esa existencia monótona y triste cuyo único objeto parece ser el apuntando fechas en la minuciosa lista que el juez lleva del cumplimiento de la pena.

Cuando sonaron los primeros tiros el penado experimentó sin duda una alegría no bien explicada. Aquello iba a alterar el tedioso aburrimiento de su existencia, mezclando al rancho y la cadena las emociones dramáticas de lo imprevisto.

Llegó el día del fracaso y alguien, buscando hombres capaces de esgrimir las armas, se acordó de que entre aquella población penal que representa una inmensidad de desdichas y de desafueros, habría, acaso algunos seres en quienes el delito hubiese dejado intacto el amor a la patria. Castigados por ésta podrían defenderla. Arrojados de la sociedad acaso llegarían a merecer un perdón que los restituyese a la dignidad de ciudadanos.

Y la necesidad de las circunstancias con su imperiosa urgencia hizo destacarse de aquel rebaño, marcado con el hierro del diablo, a algunos a quienes se entregó un fusil viejo, un puñado de cartuchos y un pedazo de la honra nacional.

Se han narrado las aventuras, peligrosas y proezas en que se ha visto ese penado de Melilla, y hasta se ha publicado su nombre. Cuando en las noches tormentosas del pasado mes, este hombre se hallaba solitario cerca de la trinchera rifeña, el rostro pegado a la tierra para escuchar mejor los movimientos del enemigo, sintiendo pesar sobre sí una atmósfera de muerte, expuesto a caer de un balazo, sin contar con la gloria, desconfian-

do de la redención, ha sentido sin duda una inefable alegría en su alma, consoladoras palpitaciones en su corazón y ha gozado de una dicha que no soñó jamás.

La austera fisonomía de la justicia con sus cejas juntas, sus labios contraídos y su mirada dura, se ha dulcificado un punto, y desde el cielo ha caído un resplandor de estrellas, iluminando aquella silueta siniestra que se halla fotografiada en todos los registros de policía de España.

J. ORTEGA MUNILLA.



No porque haya guerra vamos a renunciar a nuestras costumbres y a nuestros placeres favoritos.

Mientras los soldados se disponen a la lucha, la gente elegante sigue preocupada con la nueva forma de las levitas y la flamante estructura de los sombreros de copa; y hay pollo que sale por esas calles hecho un adofesio, como podrán Vds. ver por el siguiente dibujo de Pons.



Al verdadero elegante no le afectan las desventuras de la patria ni la forzada quietud del presidente del Consejo, ni la afonía que padecen nuestras tipleas de zarzuela menuda; lo único que les quita el sueño es la tardanza del sastre en concluirles una prenda.

—¡Maestro, por Dios! ¿cuándo me da Vd. el gabán?

—Precisamente, acaban de traerlo. Pase Vd., vamos a probarlo.



El elegante se queda en mangas de camisa; colócase cara al espejo y se retuerce el bigote con aire de orgullo, como si quisiera decirse a sí mismo:

—¡Ojalá viviera la gente bonita!

Después se pone el gabán y hace un gesto de enojo, porque advierte que le quita esbeltez a la cintura y le hace el pecho hinchado, y no le señala bien las caderas, y le amortigua el color del semblante.



—¡Maestro, caramba! Este gabán no me gusta.

—Pues está cortado con arreglo al último figurín.

—¿Conoce Vd. el gabán de Pepito Tomelloso?

—No tengo el gusto de conocerle.

—Aquel sí que es un gabán divino... Vamos, que yo no me presento con este gabán en el teatro de la Come-

dia. ¿Qué dirán todas mis relaciones?

—¿Saben Vds. lo que hacía yo con estos elegantes que viven esclavos del gabán? Pues los mandaba a Melilla a construir trincheras, envueltos en una manta.

Nada tiene de particular que la gente se dedique a su vida ordinaria, a pesar de la guerra; porque tampoco es cosa de que nos entreguemos a la desesperación horrible; pero lo que no se puede resistir es que vayan al teatro algunos señoritos y molesten al honrado espectador que ha pagado su butaca para distraer el ánimo.

Muchos jóvenes de la «buena sociedad» han tomado la costumbre de ponerse de pie en el callejón de las butacas, obstruyendo la libre circulación de los padres de familia que salen a sus cosas. Otros permanecen, durante los entreactos, con el cuerpo apoyado en el respaldo de la butaca que está frente a la suya, y metiendo los faldones de la levita por el cogote del vecino espectador.



Algunos tararean durante el espectáculo y otros se columpiaban en su asiento, agitando dulcemente toda la fila de butacas, y obligando a bailar a los espectadores aunque no quieran.

—Pepaaaa—dice un esposo a su esposa.

—¡Queeeeee!—contesta la aludida.

—¿Te molesta el movimientoooo?

—¡Síiii!

Pero no es cosa de armar una cuestión, y el matrimonio sigue balanceado a impulsos del balance que le imprime aquel señorito nervioso.

Cada cual tiene su manera de expresar el patriotismo. Un tabernero presenta en su escarpante una gran fuente de pajaros fritos con el siguiente rótulo: «Rifeños a 15 céntimos.»

Llega un parroquiano y dice: —Deme Vd. dos moros de esos.

—¿Se los va Vd. a llevar?

—No, me los voy a comer aquí mismo.

Y les luce el diente con desesperación patriótica, murmurando: —Vengan más rifeños, que me los como.

Los teatros no ofrecen novedades dignas de mención. Abundan las obras malas, que es una pena y hay coliseo adonde no acude alma viviente aunque se le pidan de rodillas.

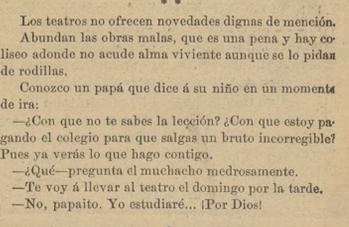
Conozco un papá que dice a su niño en un momento de ira: —¿Con que no te sabes la lección? ¿Con que estoy pagando el colegio para que saigas un bruto incorregible? Pues ya verás lo que hago contigo.

—¿Qué—pregunta el muchacho medrosamente.

—Te voy a llevar al teatro el domingo por la tarde.

—No, papaito. Yo estudiaré... ¡Por Dios!

—Estoy traduciendo a Enrique Heine—dice Bando- lín, poeta de lanas.



—¡Pobrecillo!—contesta uno que le conoce a fondo.

—¿Quién es el pobrecillo? ¿Yo?

—No; Heine.



—¡Pobrecillo!—contesta uno que le conoce a fondo.

—¿Quién es el pobrecillo? ¿Yo?

—No; Heine.

Luis TABOADA.

MADRID.—1893
Cromotipia y fotografía de L. R. y C.ª, S. Bernardo, 69
Tirado en máquina cromotípica rotativa Mariboni.
TINTA LORILLÉUX
Imp. de EL IMPARCIAL a cargo de Angel Garcia